

Chile y Asia hoy: una mirada crítica

■
Mario Artaza Rouxel

■ Síntesis

La región del Asia Pacífico reúne las economías más dinámicas del mundo y ha sido considerada por Chile como del mayor interés nacional. Sin embargo, pareciera que nuestra diplomacia carece de una política de Estado, debidamente planificada con todos los actores nacionales, para lograr importantes objetivos en esa área del mundo, aunque hay que reconocer que se han logrado importantes logros en el pasado. Nuestra visión de Chile como país puente y país plataforma aún dista de poder concretarse. Hay que estar atentos a los desarrollos de nuevas perspectivas de integración regional en Asia y sobre todo, hay que mantener una mirada atenta sobre China.

■ Abstract

Asia Pacific is the region with the more dynamic economies of the world and Chile has defined it as of the greatest national interest. However, our diplomacy seems to lack a state policy, duly planned and with the participation of all the relevant actors in order to pursue important objectives in that area of the world. It is important to recognize that Chile has obtained important achievements in Asia. But the vision of Chile as a bridge between Asia and South America or as platform for business is yet far from becoming a reality. We have to keep track of new developments in the regional integration of Asia and overall, a closer look on China.

INTRODUCCIÓN

Hay una cita de Hans Morgenthau¹ que creo muy apropiada para iniciar el análisis de nuestro tema. Al discutir la «calidad de la diplomacia» como factor del poder nacional, Morgenthau dice: «La conducción de los asuntos exteriores de una nación por parte de los diplomáticos es para el poder nacional durante tiempos de paz lo mismo que las estrategias y tácticas de los líderes militares durante tiempos de guerra. La diplomacia es el arte de combinar los distintos elementos de poder nacional para que rindan el máximo efecto sobre aquellos puntos de la escena internacional que más directamente conciernen el interés nacional». Y concluye aseverando que si la visión de la diplomacia es defectuosa, su juicio erróneo y débil su determinación, las demás ventajas que pueda tener una nación no le servirán de nada. Para ser realistas, en Chile deberíamos reemplazar la cita a los diplomáticos por «los conductores de la política exterior», ya que con honrosas excepciones los diplomáticos propiamente tales no llegan a tener estas responsabilidades.

La pregunta que queremos formularnos es la siguiente: frente a un escenario internacional en que el Asia-Pacífico aparece como el área más importante del globo, con las economías más dinámicas y que consideramos del mayor interés nacional, ¿está nuestra di-

plomacia combinando al nivel suficiente los elementos del poder nacional y sus recursos para enfrentar todos los desafíos que implica nuestra relación con esa región? Planteado de otro modo, ¿tenemos una política de Estado que después de una planificación detallada determine el papel que deben desempeñar todos los actores nacionales para llevar adelante, con determinación, objetivos claros y posibles en el Asia Pacífico? Creo que la respuesta a estas interrogantes es, desgraciadamente, negativa.

Ante probables acusaciones de ignorar lo mucho que ha hecho Chile por lograr cierta inserción en esa región del mundo, permítanme aseverar desde un principio que reconozco, y así destacaré, que Chile ha tenido logros importantes y pioneros en materia de apertura de Embajadas, en el APEC y en un gran número de acuerdos de libre comercio con países del Asia Pacífico.

Pero ver de manera optimista «el vaso medio lleno» no debería darnos una sensación de autosatisfacción y complacencia. Faltan elementos importantes, de todo orden, que aún nos llevan a ver el «vaso medio vacío» y ello nos debería impulsar al diseño y puesta en ejecución de esa política de Estado que aún falta para esa importantísima zona, que es la más dinámica de la economía mundial y que registra los mayores índices de crecimiento, acumulación de reservas internacionales e in-

¹ Morgenthau, Hans (1986), *Política entre las Naciones*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 6ª edición revisada por Kenneth W. Thompson, p. 177.

novación tecnológica. Pareciera que el entusiasmo de muchos chilenos del sector privado por abrirse a la globalización no alcanza igual intensidad cuando se trata de Asia, con la excepción de pioneros importantes, tales como la CSAV, la CAP y el Banco de Chile. La distancia, las dificultades de idioma y el comportamiento estadístico de algunos productos estrella, como el cobre, el mineral de hierro, la harina de pescado, la celulosa y los vinos, son factores que inducen a complacencia. Ella nos puede costar caro.

A este cuadro sobre Asia en general, en los últimos años se ha ido sumando China que, junto con Japón, es la nueva locomotora de crecimiento de la región. Sus altas y sostenidas tasas de crecimiento, inversión, consumo y exportaciones la han convertido, según el último informe del PECC, en una economía ávida de recursos naturales, lo que se ha traducido en alzas importantes de precio de diferentes commodities en el mercado mundial, con diferente impacto en las economías latinoamericanas del APEC². Por lo mismo China requiere un seguimiento permanente.

MIRADAS TEMPRANAS Y LOGROS

Nuestro interés como nación en el Asia no es nuevo, ha sido un tanto esporádico (espasmódico, dirían algunos), transitorio y no continuo. Poco después

de la Independencia ya algunos audaces y visionarios armadores formaron la llamada Compañía de Calcuta para transportar mercadería hasta la India en la fragata «Carmen», con numerosos puertos de recalada en las islas del Pacífico, Filipinas, y en lo que son hoy Singapur y Malasia. Otros navegantes chilenos llegaron hasta Nueva Zelanda y la presencia de monedas chilenas en el Pacífico atestigua un comercio importante. Sin embargo, los flujos de comercio cambiaron, Valparaíso perdió importancia con la apertura del Canal de Panamá y nuestros hombres de negocios miraron más a Europa y luego a América del Norte.

Entre las instituciones chilenas, solo la Marina mantuvo vivo el pensamiento de que Chile tenía un destino marítimo, destacando la importancia del Pacífico para nuestro desarrollo. En la década de 1960 el sector académico fue el primero en despertar conciencia entre otros sectores del país de que el «mar que tranquilo te baña» realmente podía ofrecer un «futuro esplendor». El Instituto de Estudios Internacionales, en el año 1970, tres años después de su fundación, convocó a un seminario internacional bajo el título «América Latina vuelve al Pacífico», en el que participaron quince países. Tempranamente descubrimos que nuestro destino en el Asia estaba atado al de otros países de la región. El desafío era demasiado vasto para enfrentarlo solos.

² Se ha observado que México se ha visto negativamente afectado por el traslado a China de la producción de industrias de maquila, mientras que Perú y Chile se han beneficiado por los altos precios del cobre y otros minerales.

Hasta las décadas de los años setenta y ochenta los contactos oficiales con Asia eran escasos. En esos años, quizás por influencia de la Marina, pero también por la necesidad de buscar apoyo internacional frente a las críticas y condenas de las Naciones Unidas, el Gobierno de la dictadura militar inició una política de apertura de Embajadas y misiones comerciales en varios países del área, tales como Tailandia, Filipinas, Indonesia y Singapur. Las relaciones comerciales con China, Corea del Sur y Japón también se vieron fortalecidas.

Ya el primer gobierno de la Concertación consideró que el Asia Pacífico era una región en la cual Chile debía incrementar y consolidar su proceso de reinserción internacional. Chile se incorporó al PECC en 1991 y solicitó, sin éxito, incorporarse como observador del APEC en Seúl, también en 1991. En esos años se creó la Fundación Chilena del Pacífico, en la que participan empresarios, académicos y representantes del sector público y que ha realizado una importante labor en el país. Chile había advertido la importancia del APEC como mecanismo para proyectarse hacia Asia y el Pacífico. Se percibía que si bien el Atlántico había sido el centro de actividades político-económicas durante el siglo XX, el Pacífico lo sería durante el siglo XXI. Debíamos por ello ingresar al APEC. Nuestro ingreso no fue fácil y requirió un gran esfuerzo político y diplomático: hubo que superar incluso la oposición de Australia y Estados Unidos. En ello fueron particularmente activos los Embajadores chilenos Carlos Portales,

Jaime Lagos y Octavio Errázuriz. Chile ingresó al APEC en 1994, es decir, a un foro económico y comercial multilateral cooperativo, comprometido a reducir las barreras comerciales e incrementar la inversión en el área del Asia Pacífico.

La acción de Chile dentro del APEC ha sido muy positiva. Hoy en día cerca del 60% de sus exportaciones se dirigen a economías del Asia Pacífico (esto incluye a Estados Unidos y México). Su participación en este foro le ha facilitado, gracias a los contactos y la familiarización lograda en el mismo, la conclusión de Tratados de Libre Comercio con Corea del Sur, Singapur, Nueva Zelanda, Brunei y China (libre comercio de bienes, con negociaciones en marcha sobre servicios e inversiones). Entretanto se han concluido negociaciones con Japón, con el cual podría firmarse un TLC a fines de marzo. Además, se han logrado acuerdos con India (no miembro del APEC), se proyecta iniciar negociaciones con Australia y en el horizonte existen posibles negociaciones con Malasia y Vietnam, e incluso Tailandia.

Chile fue anfitrión del APEC 2004 cuyo resultado fue calificado como un gran éxito para el país. El esfuerzo realizado ese año fue grande, y no solo por parte del Gobierno. ABAC, que reúne a representantes del sector privado de la región, dirigido por Hernán Somerville, hizo planteamientos novedosos que abren nuevas perspectivas al foro.

Paralelamente, en estos años se ha hablado en el país de la necesidad de

convertir a Chile en país puente y país plataforma. Por su ubicación geográfica, con más de 4500 Km. de costas en el Pacífico, por su participación como país asociado en el Mercosur (y ahora en la CAN) y sus contactos en Asia, Chile estaría en una posición privilegiada para servir de puente para el ingreso y salida desde y hacia la región a través de sus puertos y corredores bioceánicos. Además, Chile podría consolidarse como país plataforma de bienes y servicios, permitiendo que empresas extranjeras se asienten en el país a fin de realizar negocios con el resto de la región y con perfilación hacia el Asia Pacífico.

Esta síntesis parece revelar que Chile ha alcanzado una variada y no despreciable cantidad de logros en su esfuerzo por insertarse y tener una presencia considerable en la región del Asia Pacífico. Tenemos un elevado número de misiones diplomáticas y comerciales en el área, un creciente intercambio comercial con énfasis en la profundización del proceso de liberalización, y un buen nivel de inversiones provenientes de la región... ¿Debemos por ello considerarnos satisfechos? Y si no fuera así, ¿qué nos falta?

TAREAS PENDIENTES

Lo primero que echamos de menos es la existencia de una política definida, con un plan estratégico, para avanzar en lo que se ha ido bosquejando en el pasado. Sé que el Ministerio de Relaciones Exteriores preparó hace algún

tiempo un Plan Asia, pero su contenido no es el que se requiere para lograr el máximo efecto. No se trata de «business as usual», con más visitas de alto nivel y participación en foros. Lo que debe perfilarse es una estrategia que movilice a distintos Ministerios, dotados de recursos adecuados, para concretar objetivos que están en la conciencia de muchos que laboran en Asia.

Hay algunas buenas señales en discursos del Ministro de Relaciones Exteriores: el 21 de diciembre pasado aseguró que el «sello distintivo» de la política exterior de la Presidenta Michelle Bachelet sería «volcarse hacia el Asia Pacífico con todas las energías de este Gobierno». Aún más, en los años 2007 y 2008 la prioridad será generar «una estrategia de mayor envergadura que permita la asociación económica y comercial entre Asia-Pacífico y toda Sudamérica». Luego, al hacer un balance de la gestión del Ministerio de Relaciones Exteriores en 2006 aseguró que el concepto de «Chile, país puente» entre Asia Pacífico y Sudamérica «tiene ya una realidad estructural», con avances significativos en el «ambicioso plan para convertir a Chile en el nexo comercial entre Sudamérica y el Asia Pacífico».

El concepto de «país puente» es interesante y valioso. Chile, con su extensa costa, pondría sus puertos a disposición de sus vecinos del Atlántico. Múltiples cadenas de servicios, especialmente bancarios, cubrirían las necesidades de los clientes del otro lado de la Cordillera (léase Brasil, Uruguay, Bolivia, Paraguay y Argentina). Con ima-

ginación, podríamos visualizar puertos chilenos cumpliendo funciones similares al de Rotterdam. La concreción de esta idea está aún lejana de la realidad, aunque hay que reconocer que desde la década de los años noventa nuestros puertos han dado importantes pasos de modernización.

Para lograr realmente este objetivo Chile necesita puertos modernos, altamente eficientes y competitivos. Tenemos pocos puertos de profundidad y los altamente protegidos también son escasos, aunque nuestro sector privado ha efectuado importantes inversiones en este campo. Por otra parte, las autoridades diplomáticas peruanas de dos gobiernos han anunciado que Perú «competirá» con Chile en la búsqueda de servir de puente con el Asia. Creo que si en nuestra región hay avances en materia de comercio, ambos países podrían perfectamente establecer sinergias portuarias. Pero, si de competir se trata, es importante saber si podemos ofrecer una red de transporte segura, expedita y eficiente. Y paralelamente, ofrecer una red de servicios integral, internacionalizada, con conexiones, filiales o sucursales bien instaladas, tanto en Asia como en el Atlántico. Cabe sí mencionar el trabajo de la CSAV en materia naviera, con su valiosa inserción en China. El establecimiento de ambas redes quizás requiera la coordinación del Ministerio de Relaciones Exteriores con los Ministerios de Hacienda, Economía y Transportes para la adopción de las medidas requeridas, en conjunto con el sector privado.

Mucho se ha discutido sobre los corredores bioceánicos. Al parecer la última Cumbre Sudamericana no tomó decisiones definitivas sobre la materia. Y poco podremos avanzar si no tenemos acuerdos claros de cómo poder avanzar en los esfuerzos en los campos de la infraestructura (planificación, financiación, ejecución, habilitación, finalización) y de los transportes internacionales. Algunos aun dudan acerca de cómo analizar los beneficios compartidos.

Para que veamos la «prioridad» que se otorga en Chile a este tema (¿en espera de alguna decisión sobre los corredores?) es interesante anotar lo siguiente: a) el paso Cristo Redentor, que concentra un alto porcentaje de nuestro flujo carretero con Argentina, se cierra durante semanas en cada invierno. El diario «El Mercurio» de fecha 8 de enero del presente año señala que la Cuesta Caracoles que lleva al paso señalado «es considerada como uno de los más peligrosos y en peor estado. Tiene 36 curvas, doce kilómetros de extensión y por ella pasan 1000 camiones, 200 automóviles y cien buses diariamente». El MOP habría destinado cerca de 5 millones de dólares a mejorar la ruta, pero fuentes del gobierno regional indican que, lo que se necesita es un rediseño de la vía con un mayor costo. Según el mismo diario, en Atacama, reparar la carretera que conecta con Cajamarca y la Rioja, a través del paso San Francisco, costaría más de 20 millones de dólares, pero por razones presupuestarias solo se mejorará un tra-

mo de la ruta «debido al interés de los trasandinos por exportar sus productos a través de los puertos de la Tercera Región». En Arica, el intenso tráfico de carga pesada en la ruta a Tambo Quemado ha convertido el camino «en un campo lunar» lleno de cráteres. De acuerdo con la misma fuente de información, aunque se han reparado algunos tramos, faltan 50 km del total de 193 km. Conocemos nuestra realidad presupuestaria y las distintas demandas que debe enfrentar el MOP, pero es a todas luces necesario que el Ministerio de Relaciones Exteriores coordine con el MOP una política concreta, realista, con plazos definidos, para solucionar la incertidumbre del cruce de la cordillera y las limitaciones que plantea el estado de las carreteras internacionales.

Con su agudeza habitual, en uno de sus Informes, el analista Armen Kouyoumdjian coincidía en estos aspectos críticos al indicar que nuestros bancos carecen de una cadena de sucursales en Asia y América Latina para poder cubrir las necesidades de servicios financieros de un país puente efectivo, agregando que su personal, además, carece del dominio de lenguas necesario para esa tarea. Solo el Banco de Chile tomó recientemente la medida pionera de ingresar a China. Sería interesante conocer la opinión de la banca nacional en esta materia a fin de determinar qué apoyo requiere para solucionar este vacío.

El «país plataforma»: desde 2002 Chile cuenta con una legislación imposi-

tiva destinada a facilitar el uso del país como plataforma para manejar inversiones en otros países. De esta manera, los inversionistas extranjeros no pagan impuestos en Chile sobre las ganancias derivadas de bienes en otros países. Esta estrategia ha permitido que varias empresas hayan instalado sedes regionales en el país (Hewlett-Packard, Delta, Air France y otras). Esta es una excelente iniciativa que debería profundizarse al máximo posible, más allá de lo económico-comercial si intentamos convertir a Chile en puente interregional. Esto implica impulsar con los socios del Asia Pacífico iniciativas en el campo científico y tecnológico, una política realista en materia de inmigración y de facilitación de visas para ejecutivos y profesionales extranjeros. Por supuesto, entraña una mayor integración regional, acuerdos en materia de doble tributación y, como ha señalado Kouyoumdjian, mayores y más expeditas facilidades de transporte aéreo entre los países de la región.

Cuando señalamos estas ideas sobre Chile, país puente y país plataforma, resulta evidente que hemos analizado y evaluado el interés de nuestros vecinos regionales en estas iniciativas y la utilidad que ello pueda representarles. La idea parece atractiva, pero son «los intereses y no las ideas las que mueven el mundo» como escribió Max Weber y cabe preguntarse si la demora en tomar medidas efectivas y concretas en materia de «corredores bioceánicos» nos está enviando un mensaje que debemos escuchar. En esta materia, el entendimien-

to y la cooperación con Brasil resulta de la mayor importancia estratégica y Bolivia aumenta su importancia como nudo para las comunicaciones del norte chileno con los vecinos del Atlántico.

MÁS ALLÁ DEL APEC: ASEAN

Nuestra participación en el APEC nos permite apreciar el alto y creciente número de acuerdos de libre comercio suscritos entre las economías asiáticas, incluyendo India, con lo que ha aumentado significativamente el comercio intra-asiático. De acuerdo con muchos observadores, se están dando pasos importantes para establecer un regionalismo de «solo Asia». Si esto se suma al desequilibrio existente en materia de comercio y flujos financieros, en que los Estados Unidos registran un importante déficit en su cuenta comercial (calculado en casi 800 mil millones de dólares en 2005) mientras que varias economías asiáticas muestran un fuerte superávit, la situación podría llevar a nuevas demandas proteccionistas y a otros efectos adversos en el comercio transpacífico. Además, ante las incertidumbres que rodean la Ronda de Doha, resulta imprescindible que profundicemos nuestros acuerdos con las economías de Asia.

Ello nos obliga a pensar más allá del propio APEC y considerar las perspectivas de la ASEAN. La evolución de los entendimientos comerciales en Asia deben tener un seguimiento permanente debido a su impacto en nuestra región.

La Asociación de Naciones de Asia

Sudoriental (ASEAN) fue creada en 1967 y cuenta actualmente con 10 países miembros: Indonesia, Malasia, Filipinas, Singapur, Tailandia, Brunei Darussalam, Vietnam, Laos, Myanmar y Camboya. La región tiene una población superior a los 500 millones, abarca 4.5 millones de km², con un PIB de más de 700 mil millones de dólares y un comercio total de 850 mil millones de dólares. A partir de 1992 cuenta con un Área de Libre Comercio (AFTA), dentro del esquema de la Comunidad Económica de la ASEAN, en la que se ha avanzado en la reducción de aranceles y en la integración de varios sectores prioritarios. Desde 1999 la ASEAN mantiene un activo diálogo con China, Japón y Corea del Sur en el llamado «proceso ASEAN + Tres» cuya meta es llegar a acuerdos comerciales bilaterales que sirvan de base de un Área de Libre Comercio del Asia del Este. Además, promovido por Malasia, en 2005 se estableció el mecanismo de Cumbres de Asia del Este (EAS), que incluye ASEAN + Tres, India, Nueva Zelanda y Australia. Rusia, Timor oriental, Pakistán y Mongolia esperan ser admitidos como miembros, y Estados Unidos y la Unión Europea han mostrado interés por ser admitidos como observadores. En noviembre de 2004, China firmó con la ASEAN un acuerdo destinado a eliminar aranceles antes del año 2010, lo que llevó a la Presidenta de Filipinas a saludar «la emergencia de un grupo regional que rivalizaría con el NAFTA y la UE». Naturalmente, Japón y Corea del Sur están observando de

cerca estos desarrollos. Japón incluso llegó a sugerir un Acuerdo de Libre Comercio de los países del EAS (EAFTA), mientras que India apoya un Acuerdo de Libre Comercio Panasiático.

Como nudo central de estos desarrollos, la ASEAN por supuesto tiene sus problemas y críticos, que creen que se ha avanzado poco en sus casi cuarenta años de vida y que antes de llegar a acuerdos con las tres potencias económicas de Asia debería concentrarse en su propia integración. Con todo, la posibilidad de un acuerdo puramente asiático representaría un factor a la vez interesante y preocupante, si se considera su potencial como bloque que tendería más al comercio intrarregional que al comercio mundial. A Australia y Nueva Zelanda también les interesa este grupo y desde 2004 han estado negociando un acuerdo de libre comercio entre el CER (*Closer Economic Relations*, que abarca Nueva Zelanda y Australia) y la ASEAN, además de que participan en la Cumbre de Asia del Este.

Los anuncios de Chile de su interés en negociar acuerdos de libre comercio con Malasia y Viet Nam deben observarse necesariamente desde esta perspectiva y, por supuesto, deben considerarse muy favorables. Es de esperar que nuestra participación en esa zona continúe expandiéndose y que aumente nuestra presencia y nuestra preocupación diplomática y comercial. Los lazos ya establecidos en lo comercial y económico deben reforzarse con un ma-

nejo diplomático que siga de cerca estos desarrollos, buscando la manera de incluir a Chile de la manera más dinámica posible en estos procesos. Aunque es importante, no basta contar con una red de acuerdos comerciales. Nuestra presencia y acción en Asia debe ir más allá de las reuniones del APEC.

EL GIGANTE CHINO

Todos miran hacia China. Es el gigante, no ya «emergente» sino muy real, que nos hace admirarle por su crecimiento acelerado, temerle por su capacidad de influir en los precios de nuestras exportaciones y, en ciertas condiciones, por su capacidad de desequilibrar las finanzas internacionales, a la vez que se le aprecia por haberse convertido en una enorme máquina que nos provee de todo tipo de productos a bajo costo. Toda Asia está bajo su influencia y los demás actores globales, como Estados Unidos, Japón y la Unión Europea miran las exportaciones chinas con el mayor interés. Además, el mercado chino es importantísimo para estas potencias comerciales. En los últimos quince años China se ha convertido en el segundo importador de petróleo en el mundo (casi el 10% de la producción mundial), el primer importador de estaño, zinc y cobre (para felicidad y preocupación de nuestros productores), el segundo de aluminio, azúcar y soja. Como indicó Osvaldo Rosales³

³ Rosales, Osvaldo, notas de su presentación ante la Cámara de Comercio de Bogotá, noviembre de 2006.

en una interesante exposición realizada en noviembre de 2006, China sola influye decisivamente en el mantenimiento de equilibrios económicos globales, contribuyendo con su oferta a mantener en un bajo nivel la tasa de inflación y de interés en Estados Unidos y acumula reservas comprando bonos del Tesoro, con lo cual ayuda a financiar el déficit comercial de la principal potencia económica del mundo. Las inversiones de todas las potencias económicas y las de chinos de ultramar (Taiwán, Singapur, Malasia, Hong Kong) fluyen ininterrumpidamente. China es hoy la cuarta economía del mundo y el tercer exportador e importador mundial. Todo eso en quince años.

Nuestro TLC con China significó un avance importantísimo. Fue el primero suscrito entre China y un país de América Latina. Demostró el interés de ese gigante por una pequeña economía sudamericana que le ofrecía una vieja amistad, seriedad, estabilidad y, como dicen los americanos, ubicación. Gracias a los precios (no permanentes) del cobre China se ha convertido en nuestro segundo socio comercial. ¿Es esta una situación estable, permanente, ya enriada y en la cual podamos descansar nuestros laureles? Creo que no. El número de productos que vendemos a China es reducido y ello se debe en parte a nuestra pobre capacidad de oferta, por una parte, y a la estructura importadora china, por la otra. Los precios del cobre no están asegurados para el futuro. En consecuencia es preciso volver a considerar qué atrajo a China de

nosotros y poner mucho interés en desarrollar el potencial de esos elementos.

Está claro cuáles son los países que interesan realmente a China en nuestra América: Brasil, por su enorme potencial, por su acero y su producción de soja y otros productos agrícolas que China necesita para su numerosa población; Venezuela, por su petróleo; Cuba, por su níquel; Chile y Perú por el cobre.

En consecuencia, hay que volver a lo que llevó a China a suscribir ese TLC con Chile y a cómo aumentar o potenciar esos factores. Profundizar en ellos debería ser un tema de análisis muy profundo, para saber claramente hasta dónde podemos llegar y lo que ello implica en costos y en riesgos. Por supuesto, hay barreras en las que Chile debe trabajar más que China. Lenguaje, por ejemplo. En China muchos hablan castellano, mientras que en Chile pocos hablan mandarín. Para qué referirnos a nuestra capacidad de manejarnos en inglés. Los procesos de negociación chinos son distintos de los occidentales y en nuestro país, pocos los conocen. Pero, ¿hasta dónde y cómo queremos profundizar el tema migración, por ejemplo? ¿Cómo atraer profesionales y científicos chinos de alto nivel académico que representen aportes a la ciencia y la tecnología? ¿Cómo atraer inversiones chinas para obras de infraestructura? O tecnología china para el desarrollo de la infraestructura, conectividad, educación o salud? ¿Qué podemos hacer para aumentar el núme-

ro de chilenos becados en China? Y por supuesto, ¿estudiantes chinos en Chile? ¿Qué otras áreas de cooperación existen? ¿Es posible relacionar regiones o ciudades del país con regiones o ciudades chinas? (¿hermanamiento de ciudades?). ¿Hay algo que podamos hacer juntos en materia de conectividad? ¿Estaría China interesada en el túnel de baja altura entre Argentina y Chile? ¿Cómo podemos incrementar nuestra oferta exportadora a China? ¿Existe el potencial para un accionar más dinámico de nuestro sector privado en China? ¿Estamos creando recursos humanos en el sector público que le den un plus a Chile frente a China? Todas estas preguntas nacen de la inquietud de que Chile no haya despertado ante la realidad de lo que China representa. Nuestra demora en hacerlo puede representar un costo elevado en el futuro.

Muchas de estas materias son propias de una potencial y rica relación entre dos países, sin tocar aspectos de índole política. Hay temas que podrían llevarnos si no al conflicto al menos al roce diplomático: derechos humanos, libertades políticas y otros. Hasta ahora esos aspectos no han sido un foco de preocupación. Pero deben ser analiza-

dos con realismo, a la luz de los intereses de nuestra relación. Otra cuestión que será preciso considerar es la actitud de los Estados Unidos respecto de la mayor presencia china en América Latina. Estoy seguro de que a China no le interesa entrar en conflicto con los Estados Unidos por su relación con nuestros países; sin embargo, se ha permitido celebrar negociaciones con Venezuela para la venta de un satélite que le permitirá país cubrir los movimientos aéreos y marítimos en el Caribe. Por su parte, Estados Unidos no ha puesto obstáculos a posibles ventas de armamento a Venezuela y Bolivia, venta lo que demuestra bastante latitud de percepción en la materia.

Por las razones anteriores, considero que Chile requiere un plan, una política de Estado, una alianza del sector público y del sector privado para el Asia Pacífico. Más allá del APEC, abandonado a medias desde 2004, necesitamos un plan que plantee con determinación acciones concretas, que cuente con los recursos necesarios, que coordine de manera efectiva a distintos Ministerios, para poder realmente obtener resultados e insertarnos en la realidad magnífica, compleja e inquietante que es el Asia.